**DOMINGO II TIEMPO ORDINARIO CICLO B**

Después del tiempo de navidad que acabó la semana pasado con el bautismo de Jesús, volvemos al tiempo ordinario, un tiempo en el que en el actual ciclo B, la iglesia nos propone contemplar la vida de Jesús siguiendo el evangelio de Marcos.

Hoy la mirada se enfoca en la llamada de Dios o vocación. En la primera lectura, Samuel siente en la noche una voz que le llama por su nombre. Al principio cree que es una voz humana, pero el sacerdote Elí, habituado a servir a Dios noche y día, acostumbrado a distinguir la voz divina en medio del clamor de voces y ruidos de la vida cotidiana, le ayuda a darse cuenta de que aquel que oye es Dios. Entonces Samuel, aconsejado por el sacerdote, responde de la única manera que asegura la correcta relación con el Creador: “Habla Señor, que tu siervo escucha”.

Podemos pasar superficialmente por la vida, como Samuel al principio, Dios nos habla a través de acontecimientos y personas, pero no nos damos cuenta, no sabemos reconocer su presencia. De ahí la importancia que tienen las personas que están avanzadas en el camino de la fe y que nos ayudan a descubrir a Dios. Son los testigos de Dios. En la primera lectura es Elí, el sacerdote. En el evangelio es Juan, el profeta. Tampoco era fácil darse cuenta de que Jesús era el Cordero de Dios, el Mesías esperado. Juan sabe reconocerlo porque está entrenado en una vida de austeridad y recogimiento en el desierto. Allí no hay distracciones. No están los ruidos del mundo ni los alaridos del Ego. Es el espacio donde se encuentran Dios solo ante la persona sola. Es el lugar donde se desarrolla la mirada de la Fe, esa mirada capaz de descubrir la presencia de Dios en lo que sucede cada día. Es el lugar donde se desarrolla la escucha atenta a los planes de Dios. “Habla, Señor, que tu siervo escucha”. Esa fue la actitud de Juan, y esa ha de ser nuestra oración diaria.

¡Qué importantes son los testigos de Dios! ¡Ojalá también nosotros demos testimonio a otros y los acerquemos a Dios, como hemos visto que hicieron Elí y Juan!

Hoy hago mía esta oración, que dice:

“*Señor, te damos gracias por las personas que nos han llevado hasta Ti.*

*Han dedicado su vida a buscar el tesoro escondido y, cuando lo han encontrado, han querido compartirlo con nosotros.*

*Sin su compromiso y dedicación seguramente no te conoceríamos o, cuando menos, no sabríamos que eres nuestro Salvador.*

*Gracias por quienes, como Juan, se retiran en el desierto y nos hablan de la necesidad de convertirnos.*

*Por los sacerdotes que, como Elí, están noche y día a tu servicio y nos ayudan a reconocer tu voz.*

*Por los religiosos y religiosas que, como Andrés, han renunciado a sus familias para seguir tu camino e imitar tu ejemplo.*

*Que su testimonio nos empuje a acercarnos a Ti.*

*Porque solo bajo tu mirada, que penetra el fondo del corazón, descubriremos realmente quiénes somos, qué quieres de nosotros y cuál es la alegría a la que estamos llamados*” (Revista La Misa de cada día, enero, pag. 81). Mn. Antoni Reina